

DISCURSO DE INVESTIDURA
como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá
pronunciado por el
Excmo. Sr. D. Antonio Fernández Alba

Excelentísimo Señor Rector de la Universidad de Alcalá

Excelentísimas Autoridades Académicas, profesores y alumnos

Señoras, Señores

Queridos amigos,

Debo reconocer que mi presencia aquí en este histórico recinto, para recibir un título tan señalado como el de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá, suscita en mi persona un estado de ánimo difícil de encajar en la escala de valores que uno tiene de su vida y quehaceres profesionales por los que discurre su trabajo, máxime en estos tiempos que corren marcados por interesadas cautelas, simplificaciones creadoras o *meritorias* figuras mediáticas, en el entorno académico de muchas de nuestras instituciones culturales.

Confuso y un tanto turbado debo pronunciar ante ustedes, según el rito de esta ceremonia, unas palabras que deben comenzar por manifestar mi sentido agradecimiento y que como bien pueden comprender, rebasan los límites de la estricta cortesía académica.

Agradecimiento, gratitud y deuda moral para con la Universidad de Alcalá en la persona de su Rector y amigo el Profesor Doctor D. Manuel Gala Muñoz, de cuya amistad me honro en compartir desde hace tantos años. El Rector Manuel Gala es un universitario, que contempla la imagen del mundo con la intuición de un *constructor ecléctico de utopías* que las hace realidad, debo constatar que desde una actitud moral no contaminada, cualidad esta que le permite una invocación permanente a construir realidades concretas desde la mirada secreta de la inteligencia, y la sensibilidad de un hombre convencido de que la belleza del espacio no solo implica el poder conquistar el conocer teórico, sino que contribuye a la formación de la conducta civil y a ordenar los sentimientos que formulamos de la vida.

Permítame que al generoso, preciso y entrañable recorrido laudatorio del Profesor Doctor D. Javier Maderuelo Raso, añada algunas breves consideraciones desde la memoria y la mirada introspectiva del discurrir de mi tiempo, ya larga efeméride, en este viejo oficio de la arquitectura, que se inicia vitalmente con la celebración de proyectos repletos *de delirio* y *entusiasmo* propio de la juventud, se desvanecen con el acontecer del tiempo en las brumas melancóli-

cas del hastío, convalencia incurable que diagnostica el poeta, sobre todo para quien trate de hacer de la materia que construye el espacio de la arquitectura, metáfora que vuela.

Por seguir una cierta nomenclatura tan convencional como intrascendente señalaré que mi trabajo de arquitecto se ha desarrollado dentro de una rica y significativa herencia arquitectónica, anclada en la más fecunda tradición de la *escuela española* y en los valores éticos y formales de las vanguardias del s. XX; si es que estas clasificaciones escolásticas pueden servir aún en nuestros días para definir una dedicación profesional implicada en construir bien la escasa arquitectura que se proyecta, en la ingenua pretensión de que estuviera inmersa en el conocimiento creador de nuestro tiempo.

Vivimos un proceso de la sociedad en metamorfosis continua con signos de negación en los idealizados contratos del progreso, crisis de sistemas no sólo de los valores formales de tal manera que el arquitecto puede optar por alguna de las opciones que tal situación revela. En este par *arquitectura-crisis de sistemas*, hay quienes la aceptan como tal y la enfatizan, otros la utilizan como un juego para el artificio;

para algunos parece no existir y en sus proyectos manifiestan la euforia de su ignorancia, hay quienes tratan de reducir con todas las limitaciones que ello comporta sus efectos destructores. Esta última actitud, la entiendo como un camino legítimo su atractivo consiste en re-ordenar y re-pensar la complejidad variable de los espacios a construir, romper con la pobreza del pensamiento oficializado del arquitecto e introducir a la arquitectura en otros saberes.

En este sentido entiendo la arquitectura como una disciplina de innovación ambiental intrínsecamente ligada al proceso evolutivo de la sociedad, de aquí la necesidad de escuchar sus ecos sociales, políticos y antropológicos de nuestra realidad más inmediata. Tal vez sean estos los motivos por los que me niegue a aceptar las formalizaciones reduccionistas del espacio que proponen algunas de las interpretaciones recientes de la última arquitectura.

Los hipersimbolistas de lo efímero, que con tanto fulgor irrumpieron en la ciudad en las últimas décadas del s. XX, trataron de introducir y consagrar un concepto del espacio donde se haga patente la proliferación del *styling*, que como se sabe, es justamente una variante del diseño que enfatiza formal-

mente los aspectos más gratuitos del proyecto; una de tantas manifestaciones del irracionalismo que rodea y persigue al mundo de la arquitectura desde los años treinta del siglo pasado. Todo ello lo entiendo como un tributo desgarrador que tenemos que pagar ante la ausencia de un sistema de referencias positivo, de una beligerante inteligencia creadora, de la ausencia de una ética de la forma. Indudablemente somos libres de entrar y hasta de ser protagonistas en ese *Gran Retablo Visual*, que unos más que otros construimos como templos del consumo o como apacibles decorados del desastre ambiental.

La búsqueda del conocimiento, ya se sabe, cambia según las épocas así el proyecto del arquitecto de las décadas iniciales del s. XX, la enseñanza se planteaba como una mirada compulsiva alrededor de la función. La forma se manifestaba como expresión al servicio intrínseco de la función, más tarde se llegó a formular una síntesis protectora, forma y función son lo mismo; la *forma* y la *función* trataban en aquel entorno enfermizo del poder político y económico de recuperar la inocencia de una sensibilidad ilustrada superadora del buen gusto burgués. En nuestros días la enseñanza del proyecto divaga por otros cauces, ver más que leer, comentar, narrar las

siluetas del edificio, los episodios tecnológicos, la novedad de los nuevos materiales, mas que poetizar y construir. No es de extrañar por tanto, que el discorrir del proyecto científico se haga cada día más anónimo, contrario al trabajo del arquitecto que se individualiza hasta límites de anular el discurso de la forma integradora para transformarse en un proceso de escueta manipulación simbólica.

Un simulacro pedagógico se asienta en muchas de nuestras Facultades y Escuelas de Arquitectura para intentar aproximarse a la formalización de los nuevos espacios tecnológicos y a la demanda de imágenes que requiere la competición tecno-económica en aceleración continua. En estos ámbitos académicos se imparte aún una pretendida voluntad de saber, secuestrado en las arcaicas cavernas de la superstición formal donde quedan patentes diseños y proyectos cuyos corolarios formales vienen adscritos a una metodología de emergencia al servicio de la inteligencia mercantil. Metodología que con inquisitiva insistencia, nos recuerda que la mas elevada función de la imagen en nuestros tiempos es hacer desaparecer la realidad; en fin, un universo anticuado que perpetúa una enseñanza movida por efectos distorsionados y muecas formales que en raras

ocasiones engañan a los disciplinados alumnos de la nueva aurora mediática.

Por que, ¿dónde encontrar el conocimiento creador de la arquitectura de este tiempo que se va diluyendo entre las redes bulímicas de la información?

¿En que conceptos de ciencia y arte en la revolución informática se orienta el proyecto del espacio en la ciudad post-urbana?

¿Cómo afrontar desde la pedagogía visual el cambio de los lenguajes analógicos por los numéricos?

Interrogantes tan altivos, no serían oportunos en ocasión celebrativa como la que comparto con ustedes, sino fuera por la deriva hacia la que camina la *metrópolis penitencial* que nos rodea, y estuviera tan alejada de la vieja utopía racionalista del siglo precedente, tan representativa en su expresionismo plástico, de aquel aserto de Johnathan Mann, responsable de la lucha contra el Sida en la Organización Mundial de la Salud, *Vivimos en un mundo atravesado por una fuerza destructora ilimitada*¹. Como no contemplar ya con cierto temor en los territorios colonizados por

¹ Citado por P. Virilio en El procedimiento silencio. Pág. 67 Espacios del Saber, Paidós.

esta globalización mediática, la estandarización de sentimientos, sensaciones y emociones, y recelar de los nuevos modelos y tipologías espaciales ofrecidos por los programas de la sincronización informática.

Debo confesarles que contemplo estos acontecimientos desde la mirada del superviviente, fiel a los valores que postulaban el binomio ética y estética tan indisolubles como el de pensamiento y lenguaje, por el que discurrían las conciencias del periodo heroico en la arquitectura moderna; pero no podemos olvidar que compartimos unos lugares en la ciudad post-urbana donde los desequilibrios son la regla y el equilibrio la excepción, donde las acciones de la ética no pueden manifestarse sino es ante la presencia de la violencia física, ambiental, acústica, formal,... violencia que conduce a la fúnebre mortalidad de nuestra tecno-ciencia que se decanta en una terna de valores, mezcla de sabiduría, amargura y farsa. Tecno-ciencia transformada en tecno-economía que no cesa de crecer y diferenciarse en agresivos tramos y redes que configuran las arquitecturas metropolitanas de la era de la información.

Testigos somos como moradores de la ciudad moderna del desarraigo que lleva implícito la exclu-

sión del concepto de lugar a favor de las cuestiones generales de la significación, a veces trivial cuando no resuelto por códigos espaciales de la repetición, bloques, adosados, pareados... Las formas que se aprecian en las últimas arquitecturas que construyen los modelos mal catalogados como neo-liberales de las sociedades democráticas, se han visto invadidas por unas siluetas de producción imaginaria que permite augurar, de seguir su acelerado desarrollo, el deterioro simbólico del espacio más degradado que la de aquellos modelos homogeneizados de la producción industrial y mercantil de la ciudad. Nos encontramos hoy con ese cajón de sastre donde conviven fenómenos ligísticos, fantasías ideológicas, regionalismos folklóricos, contextualismos de verberna..., todo se funden en el caleidoscopio de la ideología estética y se recicla en el *vertedero del espíritu objetivo* (F. Jamenson). Los tiempos de reflexión alrededor del proyecto de la arquitectura han sido eliminados por un auténtico proceso de re-producción a la que aludo, orientada hacia una estética de uso privado y efectos limitados para la alegoría urbana.

Si el proyecto de ciudad de las vanguardias nacía con el deseo de aspirar a constituirse en una

metáfora poética que construiría la razón instrumental de la técnica, la metrópoli fin de siglo se presenta como un desierto desconocido por el que sólo se pueden trazar itinerarios inmateriales junto al relato de las redes de energía. Educados en el viejo proyecto de arquitecturar la ciudad hoy nos resulta difícil encontrar respuestas a la segmentación y fractura que suscita la metrópoli; por eso el arquitecto se entretiene en miniaturizar el espacio.

Traigo ante ustedes estas reflexiones porque tengo la convicción que el oficio del arquitecto tan necesario en la construcción de la ciudad, parece estar sólo atento a las caligrafías esotéricas de las demandas del mercado de imagen que inducen los poderosos medios de información, la ingenua curiosidad de los políticos, los cerrados clanes de los propios arquitectos o los improvisados críticos del activismo artístico. Una iconografía de la inmediatez puebla de formas y estructuras el universo arquitectónico, de manera que el patrocinio que ejercía la forma alrededor de la función en los diferentes relatos de las vanguardias se ha convertido hoy en simple manipulación perceptiva del espacio que busca, racional y sistemáticamente, el beneficio.

Una resemantización del espacio aparece en el ocaso de la ciudad postindustrial y en los fragmentarios oasis del consumo; el territorio metropolitano se nubla de edificios de caducidad programada, que pueblan un amorfo indeterminismo ambiental, donde las élites asociadas de diseñadores, arquitectos y programadores del mercado del suelo puede desarrollar sus pequeños tratados icónicos-lingüísticos en ese supermercado de estilos por los que discurre el proyecto último de la arquitectura.

La subjetividad creadora del arquitecto debería reconocer las grotescas desviaciones de la forma arquitectónica cuando ésta se construye amputada y vacía de sus referencias éticas; máxime en unos tiempos donde la racionalidad técnica ha conquistado tan positivas transformaciones del espacio. Contemplando nuestras periferias en proceso de consolidación, nos acecha la duda, ¿Acaso el silencio de la *ética de la forma*, desde su ausencia crítica y su falta de provocación teórica no será una de las causas de la banalización del espacio contemporáneo?

Permítame para terminar una referencia al exilio del hombre-económico en el oasis metropolitano.

La bruma que envuelve la orfandad de la arquitectura del yo, pese a la orgía visual que trata de administrarla y convencernos de la autenticidad de lo falso como realidad, viene supeditada a una crisis más profunda, la crisis de la ciudad.

La metrópoli contemporánea es un laberinto que tiene prisionero no al hombre-económico que para ella no tiene sentido, sino su cuerpo, que es el ultimo recurso que le liga a la naturaleza. Huérfano de las conquistas de la revolución industrial, el hombre-económico no encuentra lugar donde refugiarse en los territorios narcotizados de la globalización mediática, sus dogmas cínicamente liberadores tienden a excluir de sus premisas arquitectónicas aquellas formas, lugares y espacios, que se alejen de la ortodoxia productivo-competitiva; una Neoforma comienza a perfilarse en los proyectos-red de la era de la información, formas flexibles, intercambiables banales en la inmediatez de su diseño. Ante cambios tan radicales en las estructuras profundas de nuestra percepción y sensibilidad, ¿Qué lugar ha de ocupar el proyecto de la arquitectura en estos procesos de la globalización mediática para que el espíritu de las nuevas tecnologías de la información no se transformen en *tiranía cibernética* o en una estandarización

multimediática de espacios, lugares y formas de vida?

El tiempo alteridad radical que habitamos, parece nublado en los espacios de la nueva metrópoli. La premura de la inmediatez es relevada por la primacía de la urgencia, de manera que en los espacios habitables que vivimos se hace necesario rehabilitar los tiempos del pensar y recuperar el valor de la utopía. Para semejante conquista tendremos que ampliar nuestra comunidad ética, haciendo que las obligaciones morales adquieran la dimensión de la ética como un nuevo paradigma de precaución, ante la última revolución en marcha.

Necesitamos maestros de la construcción de una ética de la creación arquitectónica en los nuevos territorios de la globalidad y la diferencia, no de sistemas ni de *mesías* que sigan magnificando los aforismos de la forma.

Ante estas meditaciones valorativamente críticas, ante tantos interrogantes abiertos y sin esperar a que los lugares de las actuales ciudades y metrópolis se transformen en doloroso escándalo, parece oportuno consejo, que me permito enunciar como

respuesta ante ustedes, aquella bella acotación poética que hace algunos siglos enunciara Garcilaso.

*Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto,
antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre.*

He leído.

Muchas gracias.

Alcalá de Henares, 9 de mayo de 2002